

HOMILIA EN LA GRUTA DE LOURDES

Peregrinación diocesana, 3 de julio de 2026

Hermanos y hermanas, queridos concelebrantes, peregrinos y particularmente vosotros, queridos enfermos, familiares, voluntarios, hospitalarios: ¡El Señor os dé la paz!

Venimos a Lourdes como quien vuelve a la casa de la Madre. No venimos buscando un milagro extraordinario, aunque Dios puede concederlo, pues para Él nada hay imposible (*Lc 1, 37*). Venimos, sobre todo, buscando un encuentro con Cristo, de la mano de María, La inmaculada, como aquí se le reveló a Bernadette. Solo en Él podremos encontrar una paz que no dependa de las circunstancias, un amor que no exige perfección y una esperanza capaz de atravesar la enfermedad y la vulnerabilidad. Porque el mayor milagro que puede suceder en Lourdes es que un corazón recobre la paz, que una persona vuelva a confiar, que alguien descubra que Dios no le ha abandonado. Lourdes nos enseña que creer no significa tener todas las respuestas, sino aprender a confiar cuando no las hay. Lourdes nos enseña que la fe no elimina el dolor, pero sí le da un sentido que transforma la vida.

En este santuario hay un signo que impresiona a todos los peregrinos: el agua. Son muchos los peregrinos que se acercan cada año a la fuente descubierta por santa Bernadette. Muchos beben de ella, otros se lavan con fe, otros la llevan a sus hogares. Pero la Iglesia siempre nos recuerda que el agua de Lourdes no es un amuleto, ni tiene un poder mágico. Es un signo que nos conduce a Cristo, el único Salvador.

Recordemos lo que sucedió el 25 de febrero de 1858. La Virgen le dijo a Bernadette: “Ve a beber y a lavarte en la fuente”. En aquel lugar no había ninguna fuente visible, pero, fiándose de la palabra de la Inmaculada, Bernadette comenzó a cavar humildemente en el barro, y poco a poco brotó el agua que desde entonces no ha dejado de manar.

¡Qué hermoso mensaje para nosotros! Muchas veces también nuestra vida parece un terreno árido. La enfermedad, el sufrimiento, la soledad, la edad avanzada o las preocupaciones pueden hacer pensar que ya no queda esperanza. Pero precisamente allí donde parece no haber agua, Dios hace brotar una fuente.

El agua de Lourdes nos lleva, inmediatamente a pensar en el Bautismo. El día en que fuimos bautizados, el agua fue derramada sobre nuestra cabeza y comenzó una vida nueva. Aquel día fuimos hechos hijos de Dios, incorporados a Cristo y convertidos en templos vivos del Espíritu Santo.

Quizá no recordamos aquel día, pero Dios sí lo recuerda. El nunca olvida a sus hijos. El Bautismo no fue un acontecimiento del pasado: es un acontecimiento que nos sigue acompañando cada día de nuestra vida, también en la enfermedad.

Por eso, cuando un peregrino se acerca al agua de Lourdes, en realidad está renovando las promesas de su bautismo. Está diciendo: “Señor quiero volver a confiar

en ti. Quiero dejarme lavar por tu misericordia. Quiero vivir como hijo tuyo". El agua es también símbolo de vida. Sin agua no hay campos, ni flores, ni cosechas. Sin Cristo el corazón humano termina secándose. Él es el único capaz de colmar la sed de sentido, de paz, de eternidad.

Vosotros, queridos enfermos nos enseñáis esta verdad de una manera especial. El sufrimiento puede quitar muchas cosas: las fuerzas, la autonomía, los proyectos... Pero nada "podrá separarnos del amor de Dios" (cf. *Rm*, 8, 39), manifestado a través de Cristo: ni la enfermedad, ni el temor o cualquier adversidad. Ese amor es una promesa de seguridad y de paz. A veces los que aparentemente tienen menos, son los que poseen la fe más grande.

En este lugar la Virgen pidió a Bernadette oración, penitencia y conversión. Y pidió que la gente acudiera en procesión. Es decir: quiso reunir a sus hijos alrededor de Cristo

También hoy la Virgen nos pide oración, conversión. Desde esta gruta, santificada por la presencia de la Inmaculada, la Virgen nos pide volver a Dios confiar en Él, rezar con perseverancia y descubrir que la verdadera curación empieza siempre por el corazón.

El agua de Lourdes nos habla también de esperanza. Hermanos y hermanas: El mundo necesita de fuentes de esperanza; una esperanza que no es ingenuidad, sino la certeza de que Dios camina con nosotros; la certeza que ninguna lágrima cae en el olvido; ninguna oración queda sin ser escuchada; ningún sufrimiento vivido con Cristo es estéril. Vivimos rodeados de noticias que generan miedo, divisiones, desesperanza. Pero el bautizado sabe que la última palabra nunca la tiene el sufrimiento ni la muerte. La última palabra la tiene Cristo resucitado. Como hemos escuchado en el Evangelio, hagamos lo que Jesús nos pide (cf. *Jn* 2, 5).

Queridos enfermos: Gracias por vuestra fe, gracias por vuestra paciencia, gracias por vuestra oración que alienta a los misioneros, sostiene a las familias, fortalece a los sacerdotes y alcanza numerosas gracias para el mundo. Sois un tesoro para la Iglesia.

María, la Inmaculada Concepción, la toda hermosa, la Virgen hecha Iglesia: en esta gruta de Massabielle, lugar de gracia y de consuelo, queremos suplicarte:

Madre: Que nunca se seque en nosotros la fe recibida en el Bautismo; que Cristo siga siendo el agua viva de nuestra existencia.

Madre: Condúcenos siempre hacia tu Hijo y alcánzanos la gracia de hacer siempre lo que Él nos diga; alegra nuestro corazón con su alegría, y que la mano del Señor se manifieste en nosotros sus siervos.

Madre: Que al regresar a nuestras casas llevemos el agua de Lourdes, no solo en la botella, sino sobre todo en el corazón, como memoria de nuestro Bautismo, como llamada a una vida nueva y como fuente inagotable de esperanza.

Madre: Concédenos fortaleza en nuestras debilidades, y tu auxilio para que nos levantemos de nuestros pecados.

Madre: Camina siempre con nosotros, y aunque nuestro amor te olvidare, tú no te olvides nunca de nosotros.

Madre: No te merecemos, pero no te necesitamos.

Fiat, fiat, amen, amen.